



Madrid 22 de Octubre de 1888.

REVISTA SEMANAL

Año I.—Núm. 42

Oficinas: Claudio Coello, 13.

SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.—
Explicación de los grabados.—Labores.—
Carta de la Moda, por Clementina.—La
Madrina, por Jorge Vautier.—Carta de la
Habana.—Ecos de la novela de la vida, por
Juan de Madrid.—Preguntas y respuestas,
por la Secretaria.—El regalo de este núme-
ro.—Pasatiempo.—Anuncios.

Crónica de la Moda.

UNA dolorosa y violenta impresión
fué causa del malestar que me
privó del gusto de conversar la se-
mana anterior con las lectoras.

Invitada á pasar unos días en un
castillo de Bretaña, donde debía
transcurrir el tiempo alegre y feliz
entre cacerías, excursiones, bailes
campestres y juegos de jardín, no
vacilé en aceptar el agasajo, buscan-
do, como siempre, ocasión de poder
referir las novedades en costumbres,
usos, trajes y adornos que interesan
á las señoras.

Todo prometía una semana de bri-
llantes fiestas. El cielo estaba claro, la
temperatura agradable como en los
mejores días del Otoño. Jóvenes be-
llas y elegantes, mamás en ese admi-
rable crepúsculo de la vida de la mu-
jer en el que se reúnen los encantos
de la juventud que se va, y las pren-
das del alma que se quedan; reseta-
bles caballeros, entre los que se ha-
llaban magistrados, médicos, ingenie-
ros y artistas; jóvenes apuestos y dis-
tinguidos; todos hombres de mundo,
de buena sociedad, acudían á disfru-
tar de los obsequios que los dueños
del castillo preparaban para honrar á
sus huéspedes.

¡Quién había de imaginar que tan
magnífica perspectiva de diversiones



Núm. 1.—TRAJE PARA VISITA

habría de convertirse en fúnebre y
doloroso cuadro!

Reunidos todos los invitados en el
grandioso comedor el día de la llega-
da, los anfitriones, entre aplausos y
plácemes, bosquejaron el programa
de las fiestas. Al día siguiente, al
amanecer, las cazadoras y los caza-
dores se reunirían en el parque para
comenzar el ojeo. El estado mayor se
dirigiría en carruajes á un bosque se-
parado del castillo por diez kilóme-
tros, y en una casita rústica estaría
preparado, á cosa de las once, un su-
culento almuerzo á la inglesa. Des-
pués se jugaría al *law-tennis*; los jine-
tes y las Amazonas improvisarían jue-
gos hípicas; por último, la comitiva
regresaría al castillo, donde habría
banquete y recepción, después de
permitir á las señoras que cambiasen
sus trajes campestres por los de so-
ciedad.

El programa era delicioso, pero no
debía realizarse.

Las jóvenes con sus preciosos tra-
jes de cazadoras y sus lindas escope-
tas; los caballeros, no menos pintores-
cos, partieron al amanecer con los
ojeadores y los perros. Yo me quedé
para acompañar á las señoras y á los
caballeros de edad, y en su grata y
respetable compañía llegué al paraje
donde debía verificarse el almuerzo.

Los perseguidores de corzos tarda-
ban, y nuestra inquietud se acentua-
ba por momentos, cuando vimos lle-
gar á todo escape á un palafrenero.
Salimos á su encuentro, poseídos de
la mayor ansiedad.

Había ocurrido una gran desgracia.
Entre las cazadoras iban dos íntimas
amigas, de diecisiete á dieciocho años,
ambas encantadoras, elegantes, per-
tenecientes á familias aristocráticas.
Las dos estaban escondidas entre ma-
torrales á unos cien metros de distan-
cia una de otra, esperando una pieza
que diestros y complacientes caza-
dores habían ofrecido poner á su alcan-
ce. ¿Qué sucedió? Nadie pudo expli-
carlo. De pronto se oyeron dos deto-
naciones y un grito. Cuando los ca-

zadores y sus auxiliares acudieron, vieron tendidas sobre el césped á las dos jóvenes amigas; una muerta, y accidentada la otra. La primera vió sin duda pasar una res y disparó; la segunda disparó también, y la bala atravesó el corazón de su compañera. Al oír su grito, corrió adonde estaba, se enteró de la catástrofe, y se desmayó.

Este horrible suceso produjo en todos nosotros una impresión dolorosísima. La madre de la víctima, fuera de sí, loca, quiso correr al sitio donde yacía su hija; resolví acompañarla, y en un carruaje partimos. Aún me estremezco al recordar aquel cuadro desolador, y no quiero afligir á mis lectoras con la narración de sus espantosos detalles.

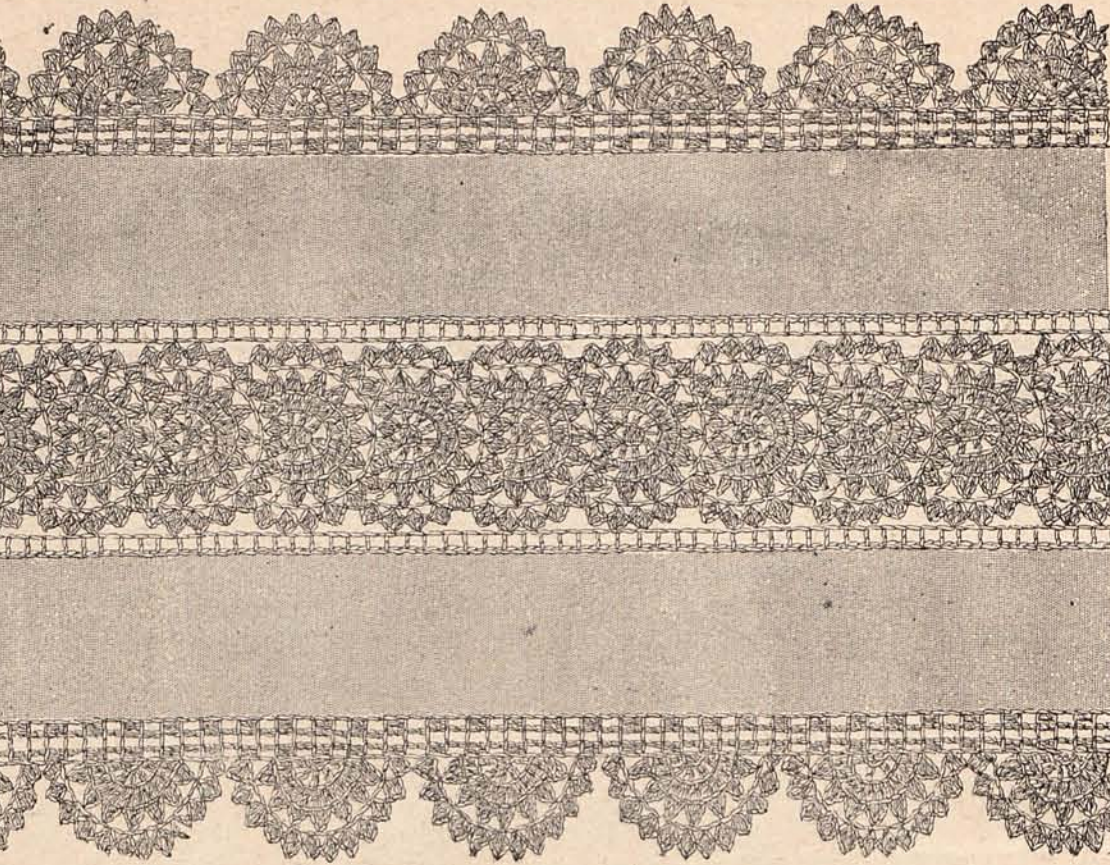
Aquella noche me sentí mal; tuve fiebre. Al día siguiente fué conducido á París el cadáver de la malograda joven, y los que había ido al castillo á disfrutar de los goces del campo tornaron á sus hogares tristes y silenciosos, acompañando los restos de la infortunada víctima. Yo también regresé, haciendo un esfuerzo que me obligó á guardar cama, privándome de cumplir el grato deber que tengo contraído con las lectoras.

¡La causante de la desgracia está gravemente enferma! ¡La madre de la víctima ha perdido la razón!

¡Tristes contrastes de la vida! ¡Esperábamos una semana de alegría, y hallamos un dolor cuyo recuerdo será eterno!

Pero también, obedeciendo á esa ley imperiosa de los contrastes, debo ya poner punto al penoso relato que vengo haciendo, para despertar en el ánimo de las lectoras ideas menos melancólicas, y cumplir ante todo y sobre todo mi misión de informarlas de cuanto ocurra en esa esfera donde la ventura sonríe, reinan el lujo y la elegancia, y pintan de color de rosa los horizontes de la vida, los mil detalles que forman el animado y hermoso conjunto del bienestar y la felicidad.

Ahora no hay que buscar en París este cuadro. Los célebres modistos Worth y Félix, los grandes almacenes de novedades, celebran exposiciones de los modelos que destina la Moda para engalanar á las damas en el presente otoño y en el próximo invierno; las tiendas, los bazares, los teatros y los hoteles están llenos de extranjeros de dos clases: los afortunados que vienen á enterarse de las últimas novedades, las señoras distinguidas y ricas que se proveen de los trajes,



NÚM. 2.—CUBRECAMA Ó EDREDÓN DE CROCHET

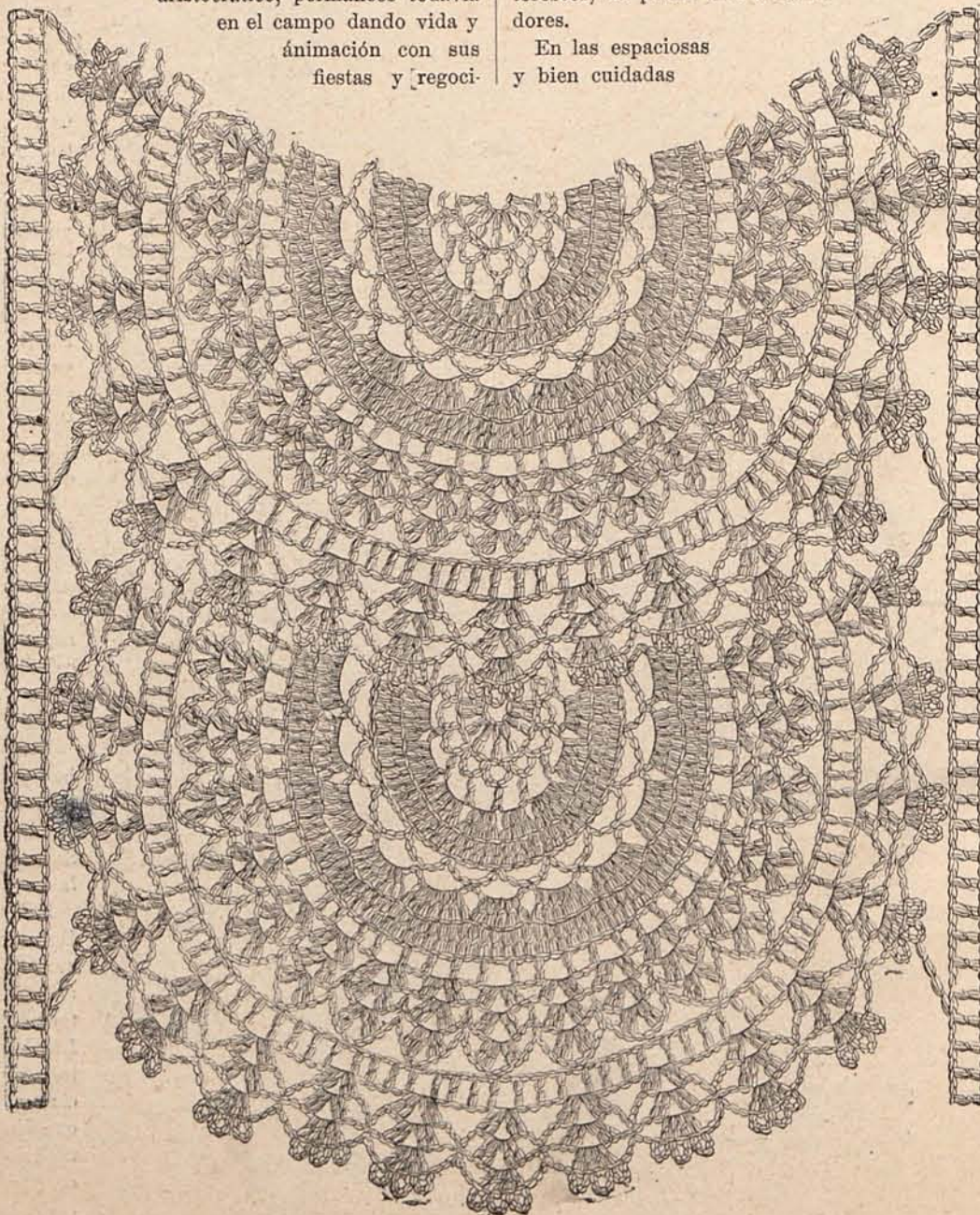
abrigos, adornos y sombreros que lucirán en sus países; y los comerciantes que llegan á surtir de los géneros y confecciones que aparecerán más tarde en los escaparates de sus tiendas.

La verdadera sociedad parisiense, lo que se llama el *beau monde*, lo escogido, lo selecto, lo aristocrático, permanece todavía en el campo dando vida y animación con sus fiestas y regoci-

jos á los viejos y monumentales castillos donde están refugiados actualmente el lujo y la elegancia.

Más felices que los que acudimos á la amable invitación que había de proporcionarnos la dolorosa impresión que he contado, en Creil, Compiègne, Chantilly y otros puntos no menos pintorescos, se pasan días encantadores.

En las espaciosas y bien cuidadas



NÚM. 3.—ENTREDÓS DEL CUBRECAMA Ó EDREDÓN NÚM. 2

carreteras, es muy frecuente ver cruzar ligeras carreteras, esbeltas jardineras, airoso tálburis conduciendo á elegantes damas de una quinta á otra. La moda es que guíen las mismas señoras, y algunas son tan diestras en este *sport*, que manejan hasta cuatro brioso caballos. Para estos paseos se llevan sencillos trajes de paño, corte de sastre, y carrik graciosamente adornado con dos ó tres esclavinas cortas. En la cabeza una toca, también de paño, adornada con una pluma lisa, como las que usan los escoceses para completar su pintoresco traje nacional.

Sobre el vestido sencillo, y como complemento del traje, alcanzan asimismo gran boga y acusan más exquisita elegancia que el carrik las levitas largas con grandes solapas y triple esclavina, de ligero paño rayado ó á cuadros, de tonos muy pálidos. La toca es indispensable, y á este prendido se le llama *high lander*. Es de paño con vivos de terciopelo escocés, y tiene por adorno un ala de pájaro sujeta por un broche de plata vieja.

Las boinas blancas ó azules se han propagado en el campo, como se propagaron durante el verano en las playas. Con este motivo se han fabricado algunas de finísimo paño, que cuestan tanto como un sombrero ó una capota.

La novedad, constituye la constante aspiración de los felices mortales que no tienen más misión que pasar agradablemente la vida. No es sólo el traje lo que necesita ofrecerles el atractivo de la novedad: las costumbres, los usos, los placeres han de estar saturados de ese encanto.

Por fortuna, las tendencias que se notan bajo este punto de vista en todas las innovaciones, son plausibles y obedecen á nobles y generosos sentimientos. La humanidad no puede prescindir de asociar al presente, el porvenir ó el pasado. Los que tienen asegurado un risueño mañana buscan en el ayer reminiscencias con que alegrar el hoy. Hay tan íntima relación entre los sentimientos y los hechos, entre las interioridades y las exterioridades de la vida, que responden perfectamente los trajes, los muebles, los accesorios de una época á las ideas dominantes en ella, del mismo modo que en todo tiempo van unidos la sencillez del traje, del ajuar, de los accesorios de la vida, con la sencillez del carácter, de la inteligencia y de los sentimientos de la persona á quien rodean.

Los trajes y los muebles despiertan entre nosotros, sin remisión, ideas que, en la época á que pertenecen, formaban, por decirlo así, el fondo de la sociedad influyente y dominante. Las modas actuales que recuerdan, unas los tiempos de Luis XIV y de Luis XV otras las del Directorio, han traído como consecuencia natural el mobiliario y las costumbres de aquellos períodos en los que el placer fino y elegante de los reinados que precedieron á la Revolución francesa, y el atrevido y descocado desenfado del momento de tregua que siguió al Terror, imprimen un sello particular.

No es posible contemplar los retratos de las empolvadas marquesas de los siglos XVII y XVIII, los de los atildados abates, obligado ascesorio de todo salón, sin pensar en el refinado vicio que encubrían aquellas magnificencias, sin descubrir los gérmenes de aquel tremendo drama que preparaba el horrible espectáculo de la cabeza de una dama paseada en la punta de una pica y de una Reina guillotínada.

No es posible ver hoy, aunque con variantes, esas reproducciones de los trajes y muebles del Directorio, sin recordar las liviandades y las miserias secretas que obligaron á la Francia á entregarse á Napoleón.

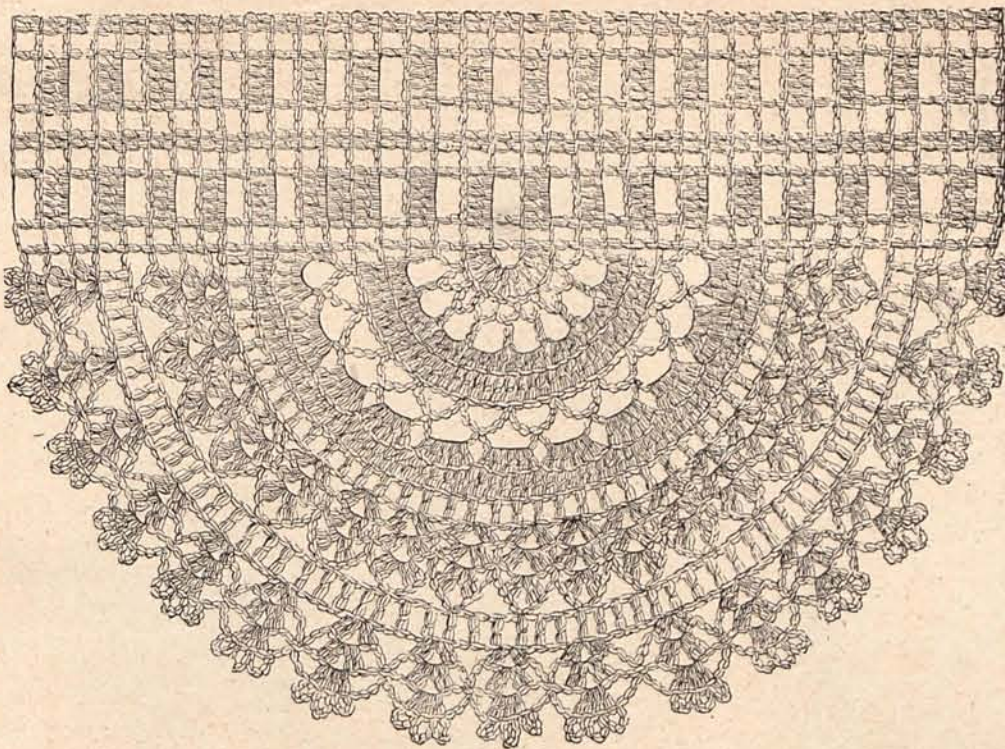
La Moda, que parece tan superficial, es más profunda y más intencionada de lo que se cree.

Al permitir, como hoy permite, todos los caprichos, todas las fantasías, todas las adaptaciones; al convertir los salones á la vez en una gran mascarada sin caretas y en una exhibición de los progresos de la ciencia, de la industria y del arte modernos, sintetiza de un modo práctico la confusión de ideas, de clases, de estilos, de costumbres y de tendencias que caracterizan á la época actual.

Es como esas grandiosas sinfonías en las que se inicia un motivo, luego otro, y otros más, que se persiguen, se enlazan y se enredan hasta que al final el poderoso genio del maestro los reúne todos para que de las disonancias resulten los acordes que muestran su maestría.

En esa orgía de formas y colores, en esa mezcla de estilos y de géneros que nos permiten ver en una misma casa un gabinete turco, una alcoba E-lad Media, un salón Renacimiento y una galería japonesa; en ese panorama de trajes y de adornos de tan diversas épocas como hoy presentan las señoras en cualquier reunión, aparece admirablemente retratado nuestro tiempo. Todos los motivos suenan á la vez; y si los hay que nos recuerdan guerras, dolores, maldades, depravaciones y miserias, los hay también que evocan en nosotros dulces sentimientos, recuerdos de emociones purísimas, esperanzas de felicidades soñadas.

Las lectoras recuerdan que el invierno anterior se inició una



NÚM. 4.—PUNTILLA PARA EL CUBRECAMA NÚM. 2



(Espalda.)

NÚM. 5.—TRAJE FANTASÍA

(Delantero.)

reacción en favor de la ostentación del matrimonio; contra lo acostumbrado, pareció bien que el marido bailase con su mujer. Durante el verano, las fiestas provenzales han sacado á la familia del ostracismo en que estaba, y los poetas *felibres*, al recibir á sus hermanos parisienses, se presentaron á ellos rodeados de sus mujeres y sus hijos. Las más aristocráticas damas han honrado á las mujeres caseras, consagrándose, como diversión, al arte culinario, buscando el aplauso de sus comensales al ofrecerles platos condimentados por sus lindas manos. Se han celebrado bodas y bautizos como en los tiempos en que estos dos actos de la vida eran considerados por las familias como sus más importantes efemérides. Ahora, en estos momentos, en los castillos señoriales, los nobles de abolengo y los aristócratas de la fortuna, convidan á sus mesas á sus colonos, toman parte en sus fiestas, la señora del castellano baila con el alcalde del pueblo donde radica su propiedad, y el castellano elige por pareja á la más modesta aldeana.

Una condesa á quien los reviseros califican de astro de los salones, ha bailado un vals con el hijo de uno de sus colonos, un mocetón muy guapo, aunque no sin rogarle que tuviera cuidado de no pisarle los diminutos pies al bailar, y la moda es que nobles y plebeyos se confundan en estas expansiones, como sucedía en la Edad Media, con la ventaja de que los señores han perdido gran parte de su despotismo, y los vasallos gran parte de su rudeza.

Con este movimiento de aproximación de clases, que quizás en el fondo entraña un plan político, coincide una tendencia á resucitar ideas, costumbres, usos, trajes y muebles de la Edad Media, sin renunciar á las conquistas del siglo XIX. El calzado puntiagudo, copia del que se usaba en aquel tiempo, se acentúa; el banquete que dió Pedro Loti en Rochefort, al que acudieron sus comensales con trajes de la Edad Media, y en el que los manjares y el servicio recordaban aquellos tiempos, se imitará este invierno; muchas señoras de las que dan en sus palacios comidas de ceremonia buscan en libros viejos recetas de platos de aquella remota época, y se espera en el primero de estos festines que se celebre la resurrección de la *sopa dorada*, una antigualla que los gastrónomos van á saborear con delicia. Esta sopa se hacía con rebanadas de pan tostado impregnadas de rancio vino, aderezadas con azúcar y agua de rosas y bañadas en yemas de huevos batidas y espolvoreadas de azafrán.

Poseer una ó dos habitaciones de puro estilo Edad Media, es también un deseo vivísimo de las que pueden permitirse este lujo.

En medio de la confusión, se ve
AÑO I.—NÚM. 42.



NÚM. 6.—TRAJE PARA «SOIRÉE»



(Delantero.) NÚM. 7.—TRAJE PARA NIÑA (Espalda.)



NÚM. 11.—TRAJE PARA PASEO



NÚM. 12.—TRAJE PARA VIAJE



NÚM. 13.—SOMBRERO PARA NIÑA

de seda, cubierto de bordados de pasamanería perlada. Mangas lisas con carteritas bordadas. Falda de seda; la parte de delante de la falda está adornada con bordados del mismo estilo que el *plastrón*; los lados se guarnecen con encajes, y la parte de detrás se pliega á gruesos pliegues. Recogido de encaje en forma de delantal por delante, y formando ligero *pouf* por detrás. Sombrero de paja, adornado con un doble lazo de cinta, y una pluma cubriendo la copa. Tela necesaria: 10 metros de seda y 4 de encaje doble ancho.

Números 2, 3 y 4. (Véase *Labores*.)

Número 5. **Traje fantasía** (espaldas y delantero).—Larga polonesa de lana lisa, formando *corse*lete por delante y cortada en forma de corazón por detrás, colocada sobre un falso cuerpo de lana rayada. Mangas de



(Espalda.) NÚM. 8.—TRAJE PARA NIÑA (Delantero.)



NÚM. 14.—TRAJE PARA PASEO



NÚM. 9.—TRAJE PARA «SOIRÉE»

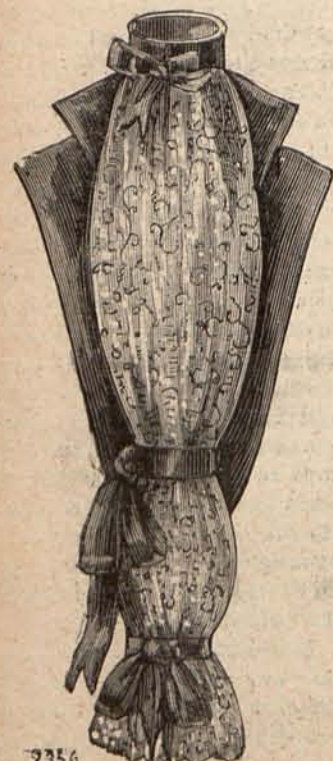
ela rayada, cortadas al través. Falda plegada con delantero de encaje, sujeto á la falda por medio de una escapela de cinta. Una tira de encaje parte de los hombros y se anuda en las mangas y sobre el pecho, formando caídas sobre la falda. Tela necesaria: 5 metros de lana lisa y 6 de lana rayada doble ancho.

Núm. 6. **Traje para soirée.**—De velo blanco. Cuerpo liso, adornado con una drapería de encaje blanco y media solapa de terciopelo azul. El cinturón parte de la drapería y se anuda en el lado. Falda plegada, rodeada de un escalonado de encaje, abierta sobre un delantero de seda azul con bordados blancos. Manga corta. Tela necesaria: 6 metros de velo blanco doble ancho y 4 metros de seda azul.

Núm. 7. **Delantero y espalda de un traje para niña.**—De *cheviotte* verde musgo. El cuerpo largo, con solapas de *pekin*, se



NÚM. 15.—PECHERO ADOBNADO DE ENCAJE



NÚM. 10.—PECHERO CON SOLAPAS

un camino por el que van las corrientes en busca de lo que echan de menos en medio del progreso que nos rodea; la enredada madeja ofrece un hilo por el que se ve á la actual sociedad volver en busca de las eternas verdades del Cristianismo: la familia, la fraternidad, el amor.

La Moda hace con los niños grandes lo que los buenos preceptores con los niños chicos: jugando y distrayendo su ánimo, educan su inteligencia y su corazón.

¿Cómo no han de aspirar á engalanar su alma las que se esmeran en adornar con galas su cuerpo? El porvenir nos reserva grandes y dulces sorpresas.

B. VALMONT

EXPLICACIÓN de los grabados.

Núm. 1. **Traje de visita.**—De seda y encaje. Cuerpo de seda, con un *plastrón* y fruncidos de encaje; bajo el *plastrón* de encaje se coloca un segundo *plastrón*

abre por delante sobre un chaleco de piqué blanco formando punta. Mangas lisas. Falda plegada con un ligero *pouf*.

Núm. 8. **Espalda y delantero de un traje para niña.**—El cuerpo, de lana azul, está cortado por detrás de una camiseta de muselina blanca y abierto por delante sobre un *plastrón* bordado que tiene en su parte alta una pequeña camiseta de muselina. Cinturón anudado delante. Falda plegada. Mangas huecas.

Núm. 9. **Traje para «soirée».**—A propósito para señorita. Es de linón blanco, forma Imperio. Cuerpo fruncido con escote redondo y mangas cortas y huecas, adornado sencillamente con un volantito colocado en forma de cuello. Cinturón Imperio de la misma tela. Falda graciosamente drapeada, con un ligero *pouf*, guarnecida en el borde con un abullonado. Tela necesaria: 11 metros de linón doble ancho.

Núm. 10. **Pechero con solapas.**—Es de tul bordado, fruncido y rodeado de solapas de seda azul, cuello de lo mismo y lazos de cinta.

Núm. 11. **Traje para paseo.**—De seda lisa y *pekin* rayado. Cuerpo de seda con delanteros fruncidos, abierto sobre un *plastrón* de *pekin* y sujeto al talle con un cinturón de seda cerrado por una hebilla. Mangas de *pekin*. Falda de *pekin*. Recogido formando un *pancier* por delante y *pouf* muy poco abultado por detrás. Capotita de seda adornada con lazos de cinta. Tela necesaria: 10 metros de *pekin* y 12 de seda lisa.

Núm. 12. **Traje para viaje.**—Es de lana cuadrículada con adornos de terciopelo negro. Cuerpo sumamente ajustado, con cuello alto y solapas de terciopelo. Falda ligeramente fruncida, adornada con tiras de terciopelo colocadas a lo largo. Sencillo recogido. Sombrero de fieltro de alas recogidas, forrado de terciopelo y adornado con un pájaro de capricho. Tela necesaria: 11 metros de lana cuadrículada, doble ancho.

Núm. 13. **Sombrero para niña.**—De paja, con anchas alas forradas de terciopelo, adornado con un doble lazo de cinta colocado en la parte de detrás y dos magníficas plumas que cubren la copa.

Núm. 14. **Traje para paseo.**—Larga levita de cachemir bordado, abierta sobre una falda plegada, cubierta por una drapería de cachemir blanco. El cuerpo está abierto sobre un plegado de la misma tela que la falda y cerrado por medio de cintas colocadas al través y sujetas con escarapelas. Una esclavina plegada, de cachemir blanco, cubre los hombros. Sombrero de tul bordado, adornado con lazos. Tela necesaria: 5 metros de cachemir bordado y 6 de cachemir blanco, doble ancho.

Núm. 15. **Pechero adornado con encaje.**—De lana fruncida en el cuello y la cintura, adornado con una cascada de encaje sujeta por lazos de cinta.

LABORES

Núm. 2. **Cubrecama ó edredón de crochet.**—Nuestro modelo se compone de dos tiras de cañamazo muy fino, un entredós y dos puntillas que sirven de marco.

Núm. 3. **Entredós del cubrecama ó edredón.** Este entredós se hace colocando las ondas de que se compone una encima de otra, como se ve en nuestro dibujo, que debe consultarse al confeccionar la labor, porque en este género de trabajos la explicación sola no basta para conseguir la perfección del dibujo. La explicación que sigue es la de una de las ondas, y se repetirá tantas veces como sea necesario: Vuelta primera, 1 bar., 7 de ca., en el aire; 1 bar., 4 de ca., en el aire; se vuelve la labor. Vuelta segunda, se pica sobre los 7 puntos de ca., 9 bar., separadas por un punto de ca., los 4 primeros puntos de ca., forman la 10 barra, 4 de ca., en el aire. Vuelta tercera, 1 media bar., y 4 de ca., en cada uno de los huecos de la vuelta anterior. Vuelta cuarta, 4 de ca., en el aire y 1 doble barra, sobre cada hueco de la anterior vuelta. Vuelta quinta, 5 bar., dentro de cada hueco. Vuelta sexta, una fila de bar. Vuelta séptima, 7 puntos de ca., en el aire, una media bar., se repite once veces. Vuelta octava, se repite la anterior. Vuelta novena, 7 bar., sobre los huecos de la vuelta anterior. Vuelta décima, el mismo trabajo que en la sexta. Vuelta undécima, 40 bar., separadas entre sí por un punto de ca. Vuelta duodécima, 2 de ca., 2 bar., 2 de ca., 2 bar., etc. Vuelta décima tercera, se pica entre las 2 bar., 2 bar., 2 de ca., en el aire, en el mismo hueco 2 bar. Vuelta decimacuarta, lo mismo que la anterior, haciendo 3 de ca., en el aire. Vuelta decimaquinta, 7 de ca., en el aire, una media bar. Vuelta decimasexta, 65 bar., separadas por 2 puntos de ca. Vuelta decimaséptima, 2 bar., 2 de ca., 2 bar., 5 de ca., en el aire, se pasan tres huecos y se sigue hasta concluir 17 picos. Vuelta decimoctava, se repite la séptima vuelta haciendo sobre los 5 de cadena, una media bar. Vuelta decimanovena, se pica en las dos primeras bar., y se hacen 4 bar., con tres picos de tres puntos de ca., una media bar., sobre la de la vuelta anterior, 3 de ca., en el aire y así se sigue toda la vuelta, que es la última: luego se corta el algodón y se empieza la segunda onda en el centro de la primera.

Núm. 4. **Puntilla para el cubrecama ó edredón.**—Se hace al través, volviendo la labor al principio y al fin de cada vuelta. Se empieza por hacer 18

vuelatas antes de empezar la onda, á la 19 se hacen 3 puntos de ca., en el aire, que formando una presilla, sirven de base á la onda, que por lo demás es exactamente igual á las que forman el entredós.

Carnet de la Moda.

En los trajes de casa, si bien la forma varía poco, es en los que actualmente se despliega más fantasía, sobre todo respecto de los adornos. He aquí un modelo de este género que brilla por su comodidad y elegancia. Se trata de un bonito *matinée* de *surah* azul ó granate, abierto por delante sobre un *plastrón* de la misma tela, fruncido en el cuello y la cintura. Su adorno consiste en un ancho cuello vuelto, forma *Pierrot*, de encaje blanco, del que parten dos cascadas del mismo encaje que sirven de marco al *plastrón* fruncido. Las mangas, también fruncidas, tienen en la parte baja un ancho volante de encaje sujeto con un brazalete de cinta de moaré, cerrado por un gracioso lazo. Una cinta, también de moaré, aunque bastante más ancha que la de las mangas, rodea, sin oprimirla, la cintura, y se anuda delante formando un lazo con grandes caídas. La falda, del mismo *surah*, se guarnece con encajes.

El adorno más usual con que se completarán los sombreros de fieltro y castor, consistirá en un inmenso lazo de cinta muy ancha, sujeto en el centro con un caprichoso broche ó hebilla. Este adorno, á pesar de ser muy sencillo, resulta sumamente elegante, si el lazo está confeccionado con gracia. También se anuncian como novedad unas bolas de azabache negro, de todos tamaños y colores, con las que también se adornarán dichos sombreros.

Para los trajes *Directorio*, que tanto favorecen á las señoras altas y esbeltas, se usarán paños de dos tonos del mismo color en combinación. Un bonito modelo de dichas combinaciones consiste en una levita de paño color madera. Los delanteros, cerrados en el cuello, se abren sobre un *plastrón* de paño color maíz, colocado en la parte baja del talle. Una drapería cruzada, de paño color madera, adorna el delantero de la falda, que es de color maíz. Este traje, de una suprema elegancia, no sirve, como ya he dicho antes, más que para las señoras delgadas. Las que sean un poco gruesas deben sustituir la levita por una túnica recogida en los costados.

Se van generalizando mucho entre las señoras elegantes las botinas de cuero de Rusia. Estas botinas conservan el color natural de la piel de que toman nombre, y son sumamente cómodas para excursiones y largos paseos.

Los colores más de moda para los trajes de paño ó lana que han de llevarse el próximo invierno son, con ligeras variaciones, los siguientes: gris hierro, azul oscuro, mordorado, heliotropo oscuro, castor natural y cuero. También se llevarán los verdes muy pálidos y delicados, que seguramente serán los preferidos de las rubias, así como el color *vino de Burdeos*, que será adoptado exclusivamente por las morenas.

Para niños de cuatro á seis años nada hay de mejor gusto ni de más lujo que unos preciosos trajecitos forma marinero, de terciopelo azul oscuro. Los cuellos, carteras y *plastrones*, de fino paño blanco, se adornarán con áncoras ó insignias bordadas en oro. Gorritas de terciopelo con cintas blancas y oro serán el complemento de estos trajes. Medias ó calcetines de lana azul y botitas mordoradas ó de cabritilla.

Un riquísimo traje de novia que acaba de salir de uno de los obradores más famosos de París, con destino á una señorita de la primera nobleza francesa, es de estilo Renacimiento, de rica seda acolchada, formando raros y caprichosos dibujos. La falda, sencillamente fruncida, no tiene más adorno que la cola, de un metro 50 de largo. El cuerpo, muy ajustado, tiene un gran cuello de encaje, y está sujeto al talle por un original cinturón de redecilla de seda blanca, mate y brillante. Este cinturón, que termina en las puntas formando tres borlitas, se anuda delante. Una especie de chaleco, del mismo tejido que el cinturón, cubre el delantero del cuerpo. Las mangas son lisas, con hombreras abullonadas. Un ramo de azahar se coloca en el lado derecho de la cintura. Con este traje llevará su envidiable dueña un precioso velo de encaje que llama la atención por lo primoroso y delicado de su dibujo.

CLEMENTINA

LA MADRINA

FOR
JORGE VAUTIER
(Continuación) (1).

—¿Que nada legitima? le interrumpió la actriz; ¿pues qué! ¿no soy su madrina?

—Sí, señora; pero el carácter de madrina no confiere

(1) Véanse los números anteriores.

ningún derecho; lea usted el Código y se convencerá.

—¿Y á mí qué me importa el Código? Lo que sé es que los padres de Claudina me la han dado como ahijada, y que cumpliré mis deberes para con ella.

—Perdone usted que le recuerde que no se trata, en el caso de usted, más que de un lazo religioso.

—Razón de más para que mi deber sea sagrado.

—No me comprende usted. Quiero decir que una madrina no tiene que cumplir respecto de su ahijada más que deberes religiosos. Recuerde usted las palabras del sacerdote.

—No las oí, pero recuerdo que el Catecismo me ha enseñado que el padrino y la madrina deben hacer las veces del padre y de la madre cuando éstos faltan. También recuerdo que durante la ceremonia del bautismo dirigí á Dios una ferviente oración, y que le prometí ser protectora de aquella niña.

Al ver que el profesor la escuchaba con la boca abierta, se detuvo, y cambiando de tono y con acento burlón:

—Se asombra usted de oírme, le dije; cree usted sin duda, como muchos, que las mujeres de teatro son seres sin creencias y sin afecto; piensa usted, como madame Pivier, que es necesario echarme agua bendita. Soy inconstante, excéntrica, profeso sobre ciertos puntos ideas contrarias á las que profesa el vulgo; pero soy honrada y sé cumplir un deber cuando le acepto. He hecho mal en olvidar á esa niña á quien ofrecí proteger; pero estaba lejos, me preocupaban infinitas cosas frívolas ó tristes, porque en nuestra vida no todo es placer, como parece. Pero he llegado á tiempo; mi intervención puede salvarla y asegurar su felicidad. ¿Cree usted que me voy á dejar intimidar por el Código, por el aire severo del rostro de usted? ¡Ja, ja, ja!... No me conoce usted, caballero.

Jana se animó; sus grandes ojos azules se encendieron; sus mejillas se colorearon.

M. Haget bajó los ojos para huir de la fascinación que sobre él ejercía la actriz.

—Señora, balbuceó, no ha sido ni es mi ánimo venir á intimidar á usted. He deseado pura y simplemente explicar á usted una situación que por lo visto no comprende, y fijar un derecho cuya importancia exagera usted. Claudina no es desgraciada.

—Sí, señor, lo es, y mucho. Le impiden que se case con el hombre á quien ama, para obligarla á aceptar un matrimonio interesado.

—Un matrimonio más conveniente. Cuando Claudina haya llegado á la mayor edad, será dueña de disponer de su mano; pero hasta entonces el consejo de familia, de quien depende, no le consentirá terminar con un casamiento un capricho, una verdadera niñería.

—¿Una niñería! ¿Y usted, hombre de ciencia, llama á eso niñería? Pues bien, á mí me han bastado cinco minutos para comprender que el afecto que siente Claudina es amor profundo y sincero; y creo que en esto sé algo más que usted, añadió, acompañando sus palabras con una sonrisa burlona.

Jana, que no se proponía ofender al profesor, al verle bajar la cabeza poseído de una confusión dolorosa, se apresuró á darle una satisfacción:

—Declaro, le dije, que no ha sido mi ánimo mortificar á usted.

—Así lo creo, señorita.

—Por lo demás, no he perdido el tiempo; he preguntado, y lo que sucede en las pequeñas poblaciones, todos sus habitantes se conocen, no hay secreto posible, y entre unos y otros me han contado la historia de mi ahijada.

—Entonces sabrá usted que se ha enamorado de un joven de oscuro nacimiento, el cual partió á París resuelto á hacer fortuna, sin que desde entonces se haya tenido noticia alguna de él. Aun suponiendo que no la haya olvidado, lo cual es dudoso...

—¿Y por qué? ¿No puede amarla como ella le ama á él?

—¡Las mujeres de París tienen tantos atractivos!

—Gracias por el cumplido. ¡Si saldremos ahora con que es usted galante! ¡Calle! ¿Se pone usted colorado? La cosa no es para tanto. Vamos, dígame usted con franqueza á qué ha venido, porque hasta ahora lo ignoro.

—Mi objeto es conseguir que renuncie usted á una intervención que no justifica el carácter de madrina y que excitá á la niña impulsándola á desoir los buenos consejos de los que están unidos á ella por los lazos de la sangre, y que además son los únicos que tienen autoridad...

—¡Corriente! ¿Y si yo me negase á ello?

—Supongo que no será así, en interés precisamente de su querida ahijada.

—Pues me niego.

—¿Qué dice usted? Repito que no tiene usted derecho para obrar de ese modo.

—Ya lo veremos... Consultaré á las circunstancias... Pero de todos modos, no consentiré que nadie labre la desgracia de Claudina. Por de pronto, le digo á usted que he debido regresar á París con mis camaradas, que ya se han ido, y sin embargo me quedo.

M. Haget se levantó desanimado por no haber tenido todo el carácter, toda la firmeza necesarios, y que seguramente esperaba Mad. Pivier.

Había ido allí para anonadar á la actriz, y se sepa-

raba derrotado, ó poco menos, por aquella mujer singular, verdadero Proteo que cambiaba á cada instante de fisonomía, y que le desconcertaba tan pronto con su acento grave, serio, solemne, como con su ironía y sus burlas.

De pie ya, y mudo, buscaba el medio de producir efecto al despedirse; combinaba frases sonoras con cuyo brillo esperaba disimular su vergonzosa retirada.

No se daba, sin embargo, mucha prisa, porque, á pesar suyo, deseaba prolongar aquella escena, que tenía para él un encanto indecible, cuando de pronto sintió sobre sus hombros la presión de dos manos perfumadas que le obligaron á sentarse de nuevo.

No opuso resistencia, y cayó sobre el canapé. La actriz se sentó á su lado.

—¿Es decir, que me declara usted la guerra? exclamó Jana. Pues bien, acepto. Así como así, siento desarrollarse en mí el instinto bélico.

La voz de la actriz le parecía más armoniosa que antes, y se puso á temblar cuando, mirándole de hito en hito, añadió:

—¿Conque somos amigos, ó enemigos?

—Le diré á usted... balbuceó M. Haget.

Nada, nada, usted ha venido aquí en calidad de embajador, y ha desempeñado usted su misión á las mil maravillas. Pero esto no obsta para que podamos ser amigos, si usted se pone de mi parte.

—¡Imposible, imposible!

—Cualquiera, al oír á usted, y sobre todo al verle tan cariacontecido, sospecharía que yo medito la ruina y la desgracia de Claudina. En suma, ¿de qué se trata? Pura y simplemente de que se case con el hombre á quien ama. ¡Vaya un crimen! ¿Hay algo más interesante ni más conmovedor que un amor verdadero? Frence usted el entrecejo... en vano trata de ponerse serio. Que una vieja empedernida desconozca el amor, se comprende. ¡Pero usted! ¿Acaso no ha amado usted en su vida? De seguro que sí.

El profesor hizo un signo negativo, jugando de paso el sudor que inundaba su frente.

Quiso levantarse, pero las lindas manos de la actriz se lo impidieron, condenándole á la inmovilidad.

A partir de aquel instante, no oyó lo que la actriz, decía. Sus ojos examinaban atentamente cada línea del rostro de aquella mujer, cada detalle de aquel traje, cuya elegancia le fascinaba.

Al mismo tiempo la comparaba con las mujeres bastas, imperfectas y mal vestidas que siempre le habían rodeado, y se lamentaba amargamente de haber dejado á su corazón marchitarse en el aislamiento y en los hastíos de una vida estrecha, cuando hubiera podido, en otros tiempos, saborear las alegrías de la existencia.

Un gesto de triunfo que hizo Jana, le sacó de aquella meditación.

—Ya sabía yo, exclamó la actriz, que no era el león tan fiero...; que esa severidad no era más que una máscara para asustarme... Yo se la quitaré á usted. ¿Conque quedamos en eso, eh? ¿Usted me lo ha ofrecido, me lo ha jurado solemnemente?

—¿Qué es lo que he prometido?

—Que antes que me vaya me proporcionará usted el medio de ver á mi ahijada, de hablarla, de ponerme de acuerdo con ella...

—Yo no he ofrecido tal cosa.

—¿Cómo?... ¿Qué? ¿Se retracta usted?

—Yo...

—Usted ha dicho...

—Se engaña usted.

—¡Oh, qué mala fe! ¡Y eso que mis pretensiones son tan exiguas! ¿Cree usted que si vivieran los padres de Claudina me negarían el placer de abrazarla?

—¡Ya lo creo que no!

—¿Necesitaré pedir á usted ese favor de rodillas?

En aquel instante sonaron en la puerta fuertes golpes.

—¡Adiós, Jana, adiós! gritaron acto continuo unas voces femeninas.

Tres ó cuatro actrices, con traje de viaje, penetraron en la estancia.

M. Haget, visiblemente turbado, intimidado por las curiosas miradas que se fijaban en él, y ansioso de salir de una situación que le horrorizaba, miró el reloj, balbuceó algunas frases acerca de las ocupaciones que le llamaban, saludó con la mayor cortedad, y salió precipitadamente, no sin derribar un par de sillas á su paso.

Bajó la escalera á escape, y no se detuvo hasta que atravesó la plaza.

La calle que siguió estaba á aquella hora muy concurrida, y encontró á muchos conocidos que le preguntaron:

—¿Qué tiene usted, M. Haget? ¿Está usted malo? ¿Suda usted á mares!...

Para evitar estas impertinencias, se dirigió por calles extraviadas á casa de Mad. Pivier, á quien había ofrecido ir á dar cuenta de su entrevista con la actriz.

A medida que avanzaba, temía que no fuera nada agradable la acogida que le dispensase la buena señora.

Su conciencia le decía que no había demostrado la firmeza que debía esperarse de su carácter; pero exa-

minando y clasificando los incidentes de aquel día, que iban á hacer época en su vida, llegó á convencerse de que habría necesitado el valor de un santo para resistir á las tentaciones de que había sido objeto.

(Se continuará.)

CARTA DE LA HABANA

Aunque sólo atribuímos á excesiva bondad las frases que á LA ÚLTIMA MODA dedica la autora de esta epístola, nuestro deseo de estrechar los lazos entre la Península y las provincias de Ultramar es tal, que no vacilamos en reproducir la siguiente afectuosa é interesante correspondencia:

«Señora Secretaria de LA ÚLTIMA MODA.

Habana 25 de Septiembre de 1888.

«Muy distinguida amiga: También nosotras, las que, apartadas de la Península por el mar, vivimos; recordando la hermosa Metrópoli, las que la conocen; deseando saber lo que bajo su bello cielo ocurre; las que aquí hemos nacido y aquí hemos de vivir, si la casualidad no nos lleva á las márgenes del Manzanar; también nosotras, repito, leemos con avidez las adorables *Crónicas* de Blanca Valmont y las afectuosas y discretas respuestas que da usted á las muchas preguntas que le dirigen.

«Es imposible leer unos cuantos números de LA ÚLTIMA MODA sin identificarse con todos ustedes, sin dejar de sentir viva y acendrada simpatía hacia los escritos que publican, y que tan bien reflejan los sentimientos de la mujer como acuden á llenar las aspiraciones de ideal y de expansión que acaricia nuestra alma. No sé si á sus lectoras de la Península les pasará lo que á nosotras. Aguardamos con ansiedad el número, y cuando lo hemos leído nos falta tiempo á las amigas para reunirnos y comentar las originales ideas, las saludables doctrinas, todo, en una palabra, lo que constituye el texto de LA ÚLTIMA MODA. Y como si produjesen ustedes una corriente general de simpatías, nuestra imaginación se identifica con nuestras compañeras de suscripción de allende los mares, y yo creo que si viniera alguna por acá, nos bastaría su calidad de tal suscritora para considerarla como una hermana.

«Estos efectos produce la sana, noble, cristiana y culta lectura que nos ofrecen ustedes.

«¿Pensarán, ó, mejor dicho, sentirán como nosotras las peninsulares? ¿Querrán saber algo de lo que pasa en la buena sociedad cubana? Si así fuera, yo me complacería de cuando en cuando en enviar á usted, amable Secretaria, algunas noticias, que usted corregiría con su exquisito tacto, y de este modo se establecería un lazo de curiosidad y de afecto entre nuestras compatriotas de allende el mar y nosotras.

«Valgan por lo que valgan, remito á usted unas cuartillas al efecto; y si tuvieran la suerte de ver la luz en su interesante Revista, reincidiré alguna que otra vez.

«Los desastres causados por los temporales han avivado la caridad de las señoras cubanas. La señora doña Matilde León de Marín, auxiliada por otras damas no menos distinguidas, prepara una brillante fiesta, que se celebrará en el teatro de Tacón á beneficio de los pobres. Otra, con idéntico objeto, tuvo lugar en el teatro de Marianao, organizada también por la misma ilustre dama, con el concurso de la condesa de Romero, marquesa Duquesne; señoras de Santos Guzmán, Borges de Hidalgo, Goicuria de Farrés, Quijano de Molina, Cárdenas de Zaldo, Collazo de Ferrán, y las señoritas María Francisca O'Reilly, Flora León, Hortensia del Monte, Josefina Embil, Elena y Josefina Herrera, Rosa Montalvo, María Calvo, María Cay, Enriqueta Valdés Fauly, María Luisa Almeyda, Adriana Armand, María Luisa Galarraga, Herminia Rodríguez, Otilia Alum, Herminia Navarrete, Concepción Ariza, Matilde Ortega y otras cuyos nombres no recuerdo, no menos bellas y distinguidas.

«Los *Círculos recreativos* hacen cuanto pueden por proporcionar solaz á la escogida Sociedad peninsular y habanera. Tres brillantes fiestas han celebrado el *Centro Asturiano*, el *Gallego* y el *Círculo Habanero*.

«Los señores de Machado y Edelmán preparan para el domingo 30, en el teatro que poseen en su casa de la Calzada del Cerro, una fiesta, que se compondrá de canciones, comedias, fragmentos de zarzuelas, monólogos en francés, etc., etc.

«La buena sociedad se da cita para esta escogida función.

«Los teatros, animadísimos; hay una regular Compañía de zarzuela y también una Compañía de artistas infantiles que son un encanto. La otra noche representaron *La Mascota*, en Tacón, los diminutos artistas, y era cosa de comérselos á besos.

«Las Compañías de aficionados no se duermen; también las poetisas animan las funciones con sus inspirados versos.

«Y á propósito; aquí ha divertido mucho una errata cometida por un periódico, que anunció que iba á celebrarse en un templo una misa á toda orquesta, que sería cantada por una señora habanera, muy conocida en los altos círculos de esta ciudad.

—¿Quién podrá ser la dama que canta misa? nos preguntábamos todos.

«Al fin se supo que, en vez de costeadá, había puesto el cajista cantada.

«Un periódico de Santiago de Cuba ha publicado la noticia de que en aquella ciudad existen cerca de tres mil jóvenes solteras, desde quince á treinta años; de las que, por término medio, se casan cada año ciento veinte.

«Esta estadística no puede ser verdad, porque son pocas las que allí se quedan para vestir imágenes.

«Pasan por ser muy buenas mozas, y ahí pueden ustedes comprobar mi opinión, porque casi todas se las llevan los peninsulares después de oír á su lado la Epístola de San Pablo.

«No quiero cansar más á usted ni á las lectoras, si estos renglones ven la luz. Sólo me resta reiterar á usted la expresión del afecto de su amiga

COLIBRÍ.»

ECOS DE LA NOVELA DE LA VIDA

Hay momentos en los que constituye una felicidad no figurar en el número de los ricos.

Ya sé lo que dirán ustedes, y, como siempre, tendrán razón: el dinero no es malo; la maldad reside en la mano que lo maneja, y mejor aún en el corazón del que lo posee, cuando no sabe pedirle los purísimos é inefables goces que ofrece á los que, dominados por generosos sentimientos ó inspirados por superior inteligencia, ponen el vil metal al servicio de estos dos grandes elementos sociales y morales.

Pero de todos modos, cuando yo indico que el mucho dinero puede ser un motivo de desdichas, me refiero á la persecución de que son objeto los ricos.

Hoy están todavía dando que hacer á la justicia los crímenes de la calle de Fuencarral en Madrid, y el de la calle de Don Ventura, en Valencia.

Doña Luciana y el señor de López vivirían, seguramente, si no hubieran tenido la fortuna de ser ricos. Los que poseen desde mil duros arriba, están constantemente amenazados. Su dinero es motivo de múltiples y constantes meditaciones. Hay por ahí quien combina los medios de apoderarse de lo ajeno, con más talento y habilidad que la que emplean novelistas y autores dramáticos para planear sus obras.

No siempre corona el éxito estos trabajos; pero de todos modos, los que suelen ser objeto de envidia por los caudales que atesoran, merecen lástima y compasión por las emboscadas que les tienden á veces los parientes, los amigos, los servidores á quienes visten, calzan y alimentan, y por lo general cuantos andan á caza de monedas ajenas.

Una novela, cuyo verbo, digámoslo así, es el mismísimo dinero, se está desarrollando en Plasencia, y cuantos leen periódicos saborean sus interesantes páginas.

Un millonario tuvo un hijo, éste perdió la razón, y fué llevado á un manicomio. Su padre, viudo á la sazón, contrajo segundas nupcias, y al morir dejó á su segunda esposa sus bienes en usufructo hasta que su hijo se restableciese. Si no curaba y moría, la herencia se repartiría entre parientes de sus dos mujeres. Todo lo había previsto el buen señor. Falleció, y su viuda casó de nuevo con un abogado. El demente murió en el manicomio, y los bienes se repartieron con arreglo á las cláusulas del testamento.

De pronto se presenta en Plasencia un hombre, y cuantos le ven aseguran que es el demente, el hijo del millonario. El, ni dice que sí, ni que no; su memoria abarca un período de tiempo muy escaso: no se acuerda de su niñez, ni de su juventud. Algunos de los parientes, en posesión de la herencia y seguros de perderla si resulta, en efecto, que el *resucitado*, como le llaman, es efectivamente el legítimo heredero, no vacilan en asegurar que lo es. Otros, en cambio, lo niegan; se ha formado causa al ex demente, y de un momento á otro ha de fallar el tribunal.

La ciudad de Plasencia está profundamente conmovida, y el resto de España sigue con interés ese drama, cuyo desenlace puede ser la condenación de un impostor ó la negación de un derecho legítimo.

Si el buen señor que reunió esos dos ó tres millones no hubiera adquirido tal fortuna, Plasencia estaría tranquila, y el muerto no habría resucitado... porque no habría tenido necesidad de morir.

Pero también es necesario convenir en que si el dinero no despertase las codicias que despierta, el mundo sería una balsa de aceite, y nos aburriríamos á la larga.

El jurado que ha hecho en Spa de París, otorgando el premio de la belleza á las cuatro deidades que con otras se presentaron al concurso, se ha decidido por las rubias.

Las cuatro son rubicundas como Apolo, ó, mejor dicho, poseen un cabello de ese rubio veneciano que tanta boga alcanza en estos momentos.

Porque no sé si lo habrán ustedes notado; pero de un mes á esta parte, ha crecido considerablemente el número de rubias y de rubios.

Este matiz es el que está de moda. Pero no se apu-

ren las morenas. ¡Cuántas menos sean, más se las buscará!
¡El porvenir es suyo!

Para concluir.

Conversaban varias personas en un elegante gabinete sobre enfermedades, asunto que siempre da juego. El capítulo de las indigestiones inspiró varias teorías a los circunstantes.

—Créame ustedes, exclamó un doctor; las peores indigestiones son las que causa el agua.

—Ya se ve que sí, replicó con malicia una señora; y si no, que lo digan los ahogados.

JUAN DE MADRID.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

A una impaciente.—Mucho siento que haya usted podido suponer que el no haber contestado á sus cartas tenga por causa mi creencia de que éstas no merecen la pena de ser contestadas. No es eso. ¿Cómo había de dejar sin contestación á usted, que une, á su supuesta impaciencia, una sencillez y modestia que encantan? Lo que sucede, y lo siento, es que las epístolas á que alude no han llegado á mis manos.

Creo que quedará usted satisfecha con mis explicaciones, y no dudará de mi afecto hacia las suscriptoras. Voy ahora á contestar á su pregunta. No le aconsejo á usted que se haga del terciopelo verde ningún abrigo para calle ó paseo; pues aunque ahora está muy de moda dicho color, es muy difícil que produzca buen efecto sobre ninguno de los trajes que usted indica. Si quiere usted aprovecharlo, adorne usted con él un traje de cachemir del mismo color, un tono más bajo, ó hágase usted una salida de teatro, adornándola con tiras de pluma blanca. De este modo resultaría una prenda elegantísima.

Rosa de The.—Quedan anotados los seudónimos de sus simpáticas hijas, y ya sabe usted que me tienen á su disposición, para lo que gusten mandarme.

R. M., Hellín.—Siento mucho la causa que ha impedido á usted escribirme antes, y espero que cuando reciba usted los enlaces estará completamente restablecida. He dado mucha prisa á Salvi, y creo que podrá remitirlos en breve, quizás antes de que lea usted estas líneas.

Floralia.—No conozco ninguna receta para quitar las manchas del castor, ni creo que exista; pues como el castor al menor roce pierde el pelo, se queda muy

feo usando cualquiera de los mil específicos empleados para quitar manchas. —Debe usted usar el manto los primeros seis meses; pasados éstos, capota de crepón inglés.

Perlas y Conchas.—Se adornan, con efecto, los saloncitos de recibir como usted dice; pero en el invierno no se prefiere á las flores las plantas de hojas grandes y raras, artificiales ó naturales. Se colocan en bonitos jarrones de mayólica, sobre columnas forradas de *peluche*, ó en jardineras artísticas. En mi opinión, estaría mejor, á ser posible, que tanto los cortinajes como la sillería, cubrecama y colgaduras, fueran de la misma tela. Resulta más rico y más elegante. Le remitirán en seguida la caja de *Polvos de Candor*. Muchísimas gracias por sus sinceros ofrecimientos, á los que procuraré corresponder del mejor modo que me sea posible.

R. S., Madrid.—Supongo que ha sido usted servida. Se ha transmitido su encargo al Sr. Salvi.

A. de M.—Se le ha remitido por segunda vez el número 40. Siento no poder complacer á usted remitiéndole los números que le faltan y contienen el principio de la novela *Lavinia*, porque se han agotado.

R. G. de la P., Madrid.—Su amable carta llegó cuando ya no podía contestar á ella en el número anterior. Damos á usted gracias por las suscripciones de sus amigas, y ya se avisó oportunamente al Centro de repartidores para que las sirvan con puntualidad. —Los portes y derechos de aduanas de los objetos que se piden á París son de cuenta de las personas que hacen los encargos.

C. C. de S., Algeciras.—Desde Julio cesaron los regalos por sorteo, que favorecían á unas pocas, siendo reemplazados por los regalos para todas que acompañan á cada número.

Lirio.—Se ha hecho el pedido que usted desea, y para cuando vea usted estas líneas puede usted recogerlo en el sitio que indica, abonando 50 céntimos, importe del franqueo de la carta para pedirlo y del porte para que usted lo reciba. —Este invierno se usará menos el astracán que en los años anteriores. En el adorno de los sombreros dominarán las cintas y las plumas.

Magnolia Mensajera.—Es ingenioso el pasatiempo, y se publicará.

LA SECRETARIA.

EL REGALO DE ESTE NUMERO

Hoja de patrones de tamaño natural de cinco modelos publicados en el periódico y otro que se pu-

blicará en el núm. 43. Al dorso, hoja de dibujos para bordados, por D. Manuel Salvi. —Contiene esta hoja los siguientes: 1. Enlaces J. A., J. B., J. C., J. D., J. E., J. F., J. G., J. I., J. J., J. L., J. M., para marcar los pañuelos de caballero. —2. Escudo para bordar almohadas, que forma juego con el de sábanas publicado en LA ULTIMA MODA. —3. Enlace R. R., para bordar manteles. —4, 5, 6, 7 y 8. Nombres para marcar pañuelos. 9. Anagrama del nombre de *Gracia*. —10. Enlace S. R. S., para marcar camisas. —11, 12, 13 y 14. Nombres para marcar pañuelos. —15. Cifras Y, Z., conclusión del abecedario para marcar sábanas que se ha venido publicando. —16 y 17. Nombres para marcar pañuelos de niña. —18. Enlace F. V., para ídem.

PASATIEMPO

CHARADA

Una tres lo que poseo
en todo, quiero á mi hija
dar dos; porque va á casarse
y con ello la tres prima.

La solución en el núm. 44.

Solución al rombo publicado en el núm. 40:

M
V A S
M A L A S
S A N
S

La han presentado las señoras y señoritas doña Rosalía Otal, de Zaragoza; doña Vicenta de Arcos; las hijas de *Rosa de The*; doña Carmen Calderón, del Ferrol; doña Antonia Iñiguez de Barcia, de Uldecona; doña María Josefa Cendrera, de Sevilla; doña Carolina Courtois de Valenzuela, de Valencia; doña Luisa Rodríguez, doña Ignacia Erce de Mangado, de Pamplona, y *Magnolia Mensajera*, de Zaragoza.

La Última Moda. Número suelto, servido por los Centros de suscripción, 25 céntimos. Suscripciones directas. —En la Península: tres meses, 3 pesetas. Seis, 6. Un año, 12. Por comisionado, 50 céntimos más cada trimestre. —Cuba y Puerto Rico: Un año, 5,30 pesos oro. —Filipinas: 6 p. f. —Portugal: seis meses, 8 p. f. Por comisionado, 10.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

EXPOSITION UNIVERSALE 1873
Médaille d'Or Croix de Chevalier
LES PLUS HAUTES RÉCOMPENSES

AGUA DIVINA
E. COUDRAY

LLAMADA AGUA DE SALUD
Preconizada para el tóxico, conserva constantemente la frescura de la Juventud, y preserva de la Peste, y del Cólera morbo.

ARTICULOS RECOMENDADOS
PERFUMERIA A LA LACTEINA
Recomendada por las Celebridades Médicas.
GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.
OLEOCOME para la hermosura de los Cabellos.

SE VENDEN EN LA FÁBRICA
PARIS 13, rue d'Enghien, 13 PARIS
Depósitos en casas de los principales Perfumistas.
Boticarios y Peluqueros de ambas Américas.

Perfumería de Candor (París).
POLVOS DE CANDOR
PARA EL CUTIS
(BLANCO.—ROSA.—RACHEL)
Precio de la caja, 4 pesetas. Por correo certificada, 5 pesetas.
Se hallan de venta en la Administración de LA ULTIMA MODA.

ACEITE MARAVILLOSO PARA HACER
brotar el cabello. Precio del frasco, 10 pesetas.
Pídase á la Administración de LA ULTIMA MODA.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE
Polvo de Arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por CH. FAY, Perfumista
9, rue de la Paix, 9, PARIS

CABELLERA IDEAL
por medio de la
Quinta esencia de Henné
INVENTOR
J. Verecke, de París.
La quinta esencia de Henné da á los cabellos los bellos tonos venecianos tan admirados, desde el más poético rubio hasta el rojo más encendido. Empleo fácil. Resultado inmediato y seguro. Puede servirse en polvo ó en líquido. Precio: en Madrid en nuestra Administración, 8 pesetas. Enviado por el ferrocarril, 10 pesetas.

L'ART MODERNE DE LA COUTURIERE.
Tratado completo del corte de vestidos de señora, por J. M. Sauvá, profesor. —Esta obra, en idioma francés, adornada con 200 dibujos, representando todos los tipos y modelos que puedan necesitarse, se vende en casa del autor (rue de Valenciennes, 2, París) ó en nuestra Administración, al precio de 8 pesetas. En provincias, franca de porte y certificada, 9 pesetas.

AGUA ROMANA, REMEDIO INFALIBLE
contra las pelliculas. —Fortifica el cabello, limpia la cabeza y la conserva en un estado de perpetua juventud y belleza. Precio del frasco: en Madrid, en nuestra Administración, 5 pesetas. Enviado por el ferrocarril, 7 pesetas.

CREPÉ MIKADO
Sin duda han notado ustedes que alguna de sus amigas se peinan con la corrección que acusa la cabeza que reproducimos. La causa de esa perfección consiste en que usan el *crepé Mikado*, aparato sencillo que sólo pesa 15 gramos, alhoca los cabellos, impide que se humedezcan con la transpiración, y da al peinado la forma artística que exige la belleza. El modelo que publicamos se coloca en línea vertical, detrás, para formar el retorcido, ó delante, en línea horizontal para formar la onda que tan bien sienta bajo las capotas y en los peinados de baile ó recepción. Las suscriptoras de LA ULTIMA MODA pueden adquirirlo: en Madrid, en nuestra Administración, por una peseta cincuenta céntimos, y en provincias, franco de porte y certificado, por dos.

LABORES Y BORDADOS.—ALBUM TEÓRICO práctico de LA ULTIMA MODA, por don Manuel Salvi. Se ha puesto á la venta el *Album* núm. 1. Precio: en la Península, 2 pesetas. En Ultramar y Extranjero, 3. Para las suscriptoras de LA ULTIMA MODA, á mitad de precio. Diríjanse los pedidos á la Administración de LA ULTIMA MODA.

ESTABLECIMIENTO LITOGRAFICO DE
don José María Mateu.—Barquillo, 4 y 6.—Madrid.—Especialidad en cromos de gran lujo.

Anti-Epidémico
Desinfectante Higiénico
PHENOL-BOBCEUF
PREMIO MONTYON acordado por el Instituto de Francia
Medallas de Oro y Diplomas de honor

PHENOL-BOBCEUF PERFUMADO
La mas higiénica de las Aguas de Tóxico

Higiene de la Boca
y Conservación de los Dientes
CON EL EMPLEO DEL
DENTIFRICO de PHENOL-BOBCEUF
En Frascos y Medios-Frascos

JABON DE PHENOL-BOBCEUF
En Cajitas de tres Pastillas

61, Faubourg Poissonnière, PARIS
(Antigamente 7, rue Coq-Héron)
Depósito general de PRODUCTOS HIGIENICOS
DEPOSITO: EN CASA DE LOS PRINCIPALES NEGOCIANTES

Frasco: 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. B. St-Denis, 26

EL JUGUETE NUEVO, COMEDIA DE
salón, en un acto, por Juan de Luz.—Precio, una peseta.—Pídase á la Administración de LA ULTIMA MODA.

LA CHARMERESSE
Polvos refrigerantes, el «non plus ultra» de los polvos para la belleza. Su composición absolutamente nueva bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones más delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.). — **DÜSSER, Inventor, 1, Rue Jean-Jacques-Rousseau, Paris.** (En América, en todas las Perfumerías).
Madrid: **MELCHOR GARCIA**, y en las Perfumerías de **PASQUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc.** — Barcelona: **VICENTE FERRER**, depositario, y en las Perfumerías de **LAFONT, etc.**



Lith. Forson, Paris

Figurín Acuarela
Regalo de la "Última Moda"

Ayuntamiento de Madrid